

Vicente Mengod

Enrique Molina y el tema filosófico



EN LA CULMINACION de su inquietud filosófica, el profesor Enrique Molina plantea el problema de la relación entre ser y conciencia. Rechaza el idealismo y el materialismo mecanicista. Acepta que el ser es anterior a la conciencia. Pero agrega que, a pesar de esta primacía, puede hablarse de un espíritu en potencia dentro del ser y máximamente realizado por el hombre. Por lo tanto, es necesario valorizar y espiritualizar el ser para salvar las posturas extremas del optimismo y pesimismo. Quiere esto decir que el hombre ha de realizar plenamente su vida espiritual, dentro de una coordinada armonía de acción y contemplación.

He ahí una postura filosófica vitalista con dulces tornasoles de espiritualidad.

En su obra *Tragedia y realización del espíritu*, Enrique Molina ha planteado y resuelto con claridad su filosofía personal, diciendo con precisión y suma claridad: "Dado que la vida y su más preciosa flor, la razón humana, no han existido siempre, no se puede dejar de concebir el Ser como llevando en su seno en potencia la vida y el espíritu, o sea, la capacidad de ir ofreciendo nuevas estructuras. La serie de éstas la forman cuerpo físico, vida, alma, espíritu. Capacidad que equivale a suponer en la entraña del Ser una potencialidad creadora, vale decir una divinidad inmanente. No cabe concebir

a Dios, sino como inmanente al Ser. Dios vive en nosotros y se realiza por medio de nosotros”.

Un filósofo ha señalado que el imperativo de existencia es doloroso, trágico, para Enrique Molina, pero la realización misma es gozosa, a pesar de la fatalidad del trance perpetuamente hacia lo desconocido.

Enrique Molina, a lo largo de su activísima existencia, ha sido hombre de acción y de profundas meditaciones. Diseminados entre las páginas de sus varios libros se hallan los principios de su filosofía. Quizás su máxima preocupación haya sido el tema filosófico en todas sus proyecciones. Al comentar la obra de otros pensadores, el profesor chileno fue vertiendo sus personales e intransferibles puntos de vista. Así, en *Nietzsche, dionisiaco y asceta*, al exponer los jalones de una vida, hizo resaltar cuales eran sus objeciones. De esa forma, la biografía del filósofo de las contradicciones quedó amplificadas en sus posteriores consecuencias.

Al hombre no le es dado esfumar su ecuación personal, cuando se lanza a discurrir en los ámbitos de la Filosofía. El filósofo, el bípedo filosofante, siempre que tiende sus redes de profundidad o sus finos reteles costeros pesca, sin duda, pero al mismo tiempo queda enredado en sus propios mecanismos. Le ocurre lo que al biógrafo consciente que, al presentar la cifra de un alma, desnuda sus íntimas preferencias, se da entero y vibra en aquellas parcelas que le son ajenas en apariencia.

De ahí que un libro de filosofía, escrito con dedicación y sinceridad, nos presenta, entre líneas, los perfiles psicológicos del autor, su postura ante la vida, sus reacciones en torno al fluir existencial, frente a ese vivir desviviéndose que caracteriza al hombre de nuestros días. Tal acontece con las obras de Enrique Molina, especialmente con la titulada *Tragedia y realización del espíritu*, conjunto de cuatro fundamentales ensayos referidos a la tragedia y realización del espíritu, sentido de la vida y de la muerte, glosas que sugiere una lectura de Descartes y Spinoza, admiración al evocar la sabiduría eterna de los griegos.

El autor, guiado por un instinto filosófico bien organizado, con sedimentos culturales reelaborados al filo de una experiencia rica en matices, ha podido discurrir con paso firme por los dominios problemáticos de una psicología puesta al servicio de grandes ideales. Y así, el tema de lo que pudiera ser una cristalización del carácter moral, enfocado desde los ángulos de la tragedia y realización de un destino, muestra la honda postura filosófica del hombre a quien no le son extrañas las bellas lucubraciones del espíritu griego, los aportes sólidos de la ciencia actual, las normas morales de una sociología que, habiendo superado las etapas teológica, metafísica y positiva, enfila rumbos más humanos, más llenos de un tornasol espiritual, incluso romántico.

El sutil filósofo que vibra en los pensamientos de Enrique Molina nos dice que "al revés de lo que pasa con la materia y la vida, sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando". Algo poético en esencia, capaz de conjugar la posibilidad de que los hombres sean la medida de todas las cosas, y de que al mismo tiempo el soplo divino sea una realidad en nuestras venas, en las más recónditas fibras del pensamiento y de la hombría vascular, zoológica.

Nada más emotivo que concebir el espíritu realizándose eternamente a través de formas transitorias, y cada ser transitorio participando del sabor de lo eterno e infinito. Y ello, por obra y gracia de un hacer vital, de una conducta, existencialista en sentido válido, cuya única razón de ser no es otra que la busca incesante de la perfección. Porque la vida, como tantas veces se ha dicho, es actividad pura, programa. A través de ella, el hombre se completa en un impulso de alcanzar objetivos cada vez más amplios y significativos.

Esa postura filosófica de Enrique Molina, típica de un idealismo romántico, nos sugiere, una vez más, la idea de que todo es posible en la experiencia del vivir, ya que la posibilidad es el principio de todo ser. Incluso lo absoluto puede convertirse en realidad, el contacto del alma individual con el principio divino puede realizarse con un sencillo revolar a través de las cosas. Los elegidos po-

drán llegar a participar de Dios. Los demás, "la sal de la tierra", alcanzarán tan sólo a formularse una hermosa teoría de la divinidad.

El sentido de la muerte, su última significación ha hecho meditar a muchos pensadores. Sus conclusiones, vista la naturaleza del tema, se afianzan en bases movedizas. Difícilmente se armonizan ciencia y filosofía cuando se habla de la inexorable realidad que entraña y supone la muerte. Enrique Molina afrontó el tema filosófico del morir. Y como es lógico, llega a situarse en avanzadas estribaciones del más alucinante de los problemas metafísicos. Leyendo sus meditaciones entendemos que el sentido de la muerte se ilumina en sus profundidades inasibles, cuando le proyectamos los resplandores de la vida, de esa vida que el hombre hace y deshace, tratando de realizar su programa espiritual. Quizás en ello radica el problema de la vida. Porque vivir en constante anhelo es tanto como estar desviviéndose, muriendo en cada fracción temporal, pero renaciendo al calor de esa lucha. He ahí, tal vez, una concepción del morir, anverso de una moneda en cuyo reverso rebulle la vida sin desesperación y tragedia, ya que entre ambos cabe el filo de la fantasía.

Enrique Molina enlaza los temas de la muerte y de la vida. Y entonces, de sus meditaciones, surge su filosofía vitalista, su deseo de valorar el incesante hacer del hombre: "Creemos que la busca del perfeccionamiento espiritual por parte del hombre no puede consistir sólo en la aspiración a reproducir perfecciones ya existentes en algún lugar del espacio o del tiempo, sino a ir creando nuevas formas, o sea, en manos del hombre, dicho sea con modestia, ha quedado la continuación de la creación espiritual".

Completando su razonamiento, abocado al insondable abismo de la muerte, agrega: "Nuestras honradas y perseverantes lucubraciones no logran ahuyentarla. A lo menos nos deparan algunos momentos de tranquila serenidad. Para enfrentarnos a ella no nos quedan, como para todos los problemas de la tierra, nada más que nuestras virtudes, sobre todo las del valor y la bondad".

Su inquietud filosófica ha llevado a Enrique Molina a estudiar, con espíritu crítico, las siempre actuales aportaciones de Descartes,

su auténtica significación en la evolución del pensamiento filosófico, cuando se confrontan con las ideas de Spinoza.

Los alcances del método matemático, el descubrimiento de la demostración, la duda metódica, el “pienso, luego existo”, las cuatro reglas del mecanismo cartesiano, son motivo de finas disquisiciones, de una crítica que no destruye, sino que es más bien creadora.

Enrique Molina nos dice que “Descartes es el filósofo de la discreción, tanto por su conducta como por su método, aunque su duda fue programada en términos exagerados”. Afirma que el filósofo manifestó respeto y sumisión a las autoridades, a la iglesia y a los usos de su tiempo. Y sobre todo que “no fue el iniciador de una nueva metafísica, sino el continuador de la metafísica medieval tradicional”. Sin embargo, reconoce la revolución que supone el método cartesiano en la historia del pensamiento. Y ello no puede ser de otra manera, ya que como dijera d’Alembert: “Todo se lo debemos a Descartes, hasta las armas de que nos servimos para combatirlo”.

Una vez más, sincero con su mecanismo conceptual, después del estudio comparativo de los dos filósofos, señaladas la insatisfacción, ansiedad y angustia que suele oprimir el corazón del hombre de nuestros días, Enrique Molina nos brinda unas palabras de alta significación espiritual: “No nos queda más que ser siempre valerosos, no pocas veces dispuestos a la resignación y al renunciamiento y ser buenos, justos y capaces de amor con los compañeros de viaje”.

En otra oportunidad, tomando como inspiración “la sabiduría de los griegos”, siguiendo el hilo del nacimiento y trayectoria de una filosofía de plurales matices, Enrique Molina tiende una mirada de profundidad a las orientaciones de filosofía helénica, iluminando con su discurso unas inspiraciones que motivaron el tránsito de la propia filosofía al pensamiento científico, en sentido estricto. Enrique Molina resalta el fenómeno, de plurales consecuencias, acaecido en los ámbitos de la filosofía griega, y que hiciera posible convertir el “logos” en la palabra divina, una palabra que nos habla mediante la creación del mundo.

Casi toda la obra del pensador chileno tiene una orientación normativa. Algo así como decirle al hombre que en su propio seno se realiza el espíritu, que la vida desde sus orígenes de milagro y olvido busca un sentido, creando un clima espiritual en donde sean posibles sociedades cada vez más felices y mejor organizadas.

Enrique Molina, en su constante laborar filosófico, ha dedicado su atención a los orígenes de la Filosofía, centrando en sus justos límites la finalidad del proceso cósmico, sin olvidar la posición del hombre en el mundo y la resonancia de los valores.

Su pensamiento está perfectamente encuadrado en aceptar que la filosofía es una alta disciplina que busca la verdad, planteando innúmeros problemas. Y ello es así, porque el pensamiento filosófico es una especie de hacer y destejer los mismos problemas. Sin duda, filosofar supone remar en aguas embravecidas. Y aunque el navegante afirme los remos, su nave podrá empinarse sobre las olas, para caer de nuevo en los mismos abismos, quietos en apariencia.

Enrique Molina ha seguido con inteligente penetración todos los movimientos filosóficos. De ellos ha obtenido conclusiones de alto valor normativo, ya que la Filosofía puede convertirse en feliz encauzadora de muchas inquietudes que vibran dispersas, o que no habían vibrado todavía.

Nadie ignora que la Filosofía comienza cuando el ser racional se pregunta por el origen del mundo. Partiendo de un hito inicial, nebuloso por excelencia, el hombre trata de columbrar finales de ruta. Y entre ambos extremos se extiende la inacabable peregrinación del ser humano. Los temas filosóficos le salen al encuentro. De ellos necesita obtener estímulos, normas de vida, paliativo para sus profundas inquietudes espirituales.

Algo de eso ha sido la obra del profesor chileno. Con limpieza de alma se enfrentó a plurales solicitaciones filosóficas, obteniendo su cifra moral, su valor de orientación.

Al interpretar la obra de grandes filósofos clásicos, al valorar las producciones de pensadores contemporáneos, fue sentando las bases para futuras sistematizaciones. Su espíritu de filósofo y de profesor

le ha seguido dictando la manera de introducir el orden y la claridad en los fenómenos, la necesaria jerarquía en los valores.

Su obra, su laborar filosófico, revalida un convencimiento: "La Filosofía busca la verdad, plantea problemas".

El tema filosófico, con su ineludible derivación y proyecciones, está presente en toda su producción literaria, incluso en la de simple matiz anecdótico.